

Julio Pascual, artista

Casi ninguna de las artes de lujo que puedan aspirar al mayor grado de perfección lo pueden lograr sin escuelas públicas de dibujo.—Una nación en que se enseñe a dibujar, como se enseña a escribir, adelantará a las demás en el buen gusto.

(DIDEROT)

Recuerdo cuando a mis doce años, al regresar por la noche hacia mi casa, pasando por el Instituto General y Técnico (como entonces se llamaba) me agradaba subir y bajar por las escaleras —entonces no había verjas— para curiosear por las ventanas, parte de los modelos de yeso y a los dibujantes que los copiaban, alumnos que no eran precisamente de bachillerato, porque las clases de esa enseñanza se daban todas por la mañana y no sé si el Director del Instituto o el Estado, autorizaban a don Matías Moreno, artista galardonado en varias exposiciones por sus cuadros de *género*, modalidad muy en boga en el XIX, para que diera las enseñanzas del dibujo en la planta baja del mencionado edificio, o sea, donde ahora están la Dirección y oficinas de Secretaría.

Si no estoy equivocado, el edificio del Instituto y en el sitio que acabo de mencionar, era donde únicamente se daba la enseñanza de dibujo; pues si bien en el reinado de Alfonso XII y año 1882, fue creada la Escuela de Artes y Oficios, ésta no se inauguró por Alfonso XIII hasta el año 1902, a cuya inauguración asistió el que esto lee —edificio construido por el arquitecto señor Mérida.

Entre los alumnos que por la noche acudían a recibir las enseñanzas de dibujo en aquel sitio, estaba Julio Pascual.

Pero cuando la Escuela de Artes abrió sus puertas, allí acudió éste, lo mismo que todos los que teníamos ansias de aprender a dibujar. Y, como don Matías Moreno tenía méritos reconocidos, fue nombrado Director de aquel Centro, organizando las enseñanzas de una manera graduada. Me refiero en este escrito a lo que concierne a dibujo, pues las otras enseñanzas caen fuera del asunto que trato; y al hablar de dibujo me refiero al de figura, que ahora se llama artístico.

Había dos grandes aulas dedicadas a esta modalidad de dibujo, las mismas de ahora. Una para los principiantes, surtidísima de modelos de láminas colocadas en cuadros con cristal y cuyos modelos eran nada menos que de artistas como Miguel Angel, Rafael, Holbein, Durerero, etc. Cuando habíamos realizado un cierto número de copias de esas láminas con el visto bueno de los profesores don Federico Latorre, don Angel Bueno y otros que siento no recordar, pasábamos a la otra aula, la del Yeso —ahora las dos son del Yeso—, pero Julio Pascual, como vulgarmente se dice, *sentó plaza de Capitán General* porque desde el principio entró en la del Yeso.

Esta aula estaba provista de una cantidad de reproducciones en escayola tan numerosa, que podía compararse a las que había en el Museo de Reproducciones, *Casón* de Madrid. Estaban todas las principales obras maestras del arte griego, romano y del Renacimiento, algunas del mismo tamaño del original, como la Venus de Milo, la Victoria de Samotracia, el Apolo del Belvedere, un Esclavo de Miguel Angel, gigantescas. Las otras, de menor tamaño, como las procedentes del Partenón, pero estaban completas: la cabalgata de las Panateneas y en las metopas también la lucha de Centauros y Lapitas. No exagero al comparar esta clase de la Escuela toledana a la del *Casón*, toda vez que por mi profesión, con motivo de exámenes de grado, visité gran parte de poblaciones españolas y en ninguna clase de Dibujo, no de Institutos, sino de Escuelas de Dibujo de otros Centros, he observado una colección similar.

Me he visto obligado a citar esos modelos por el recuerdo que dejaron en mí al vérselos dibujar a Julio Pascual, y voy a citar en párrafo aparte uno que dejó en mí honda huella. Se trata del hombre anatómico, debido a Miguel Angel, y que yo me quedé con deseos de dibujar. Andando el tiempo en que tuve que estudiar Anatomía, recordaba siempre la perfección con que lo llevó a cabo Julio Pascual.

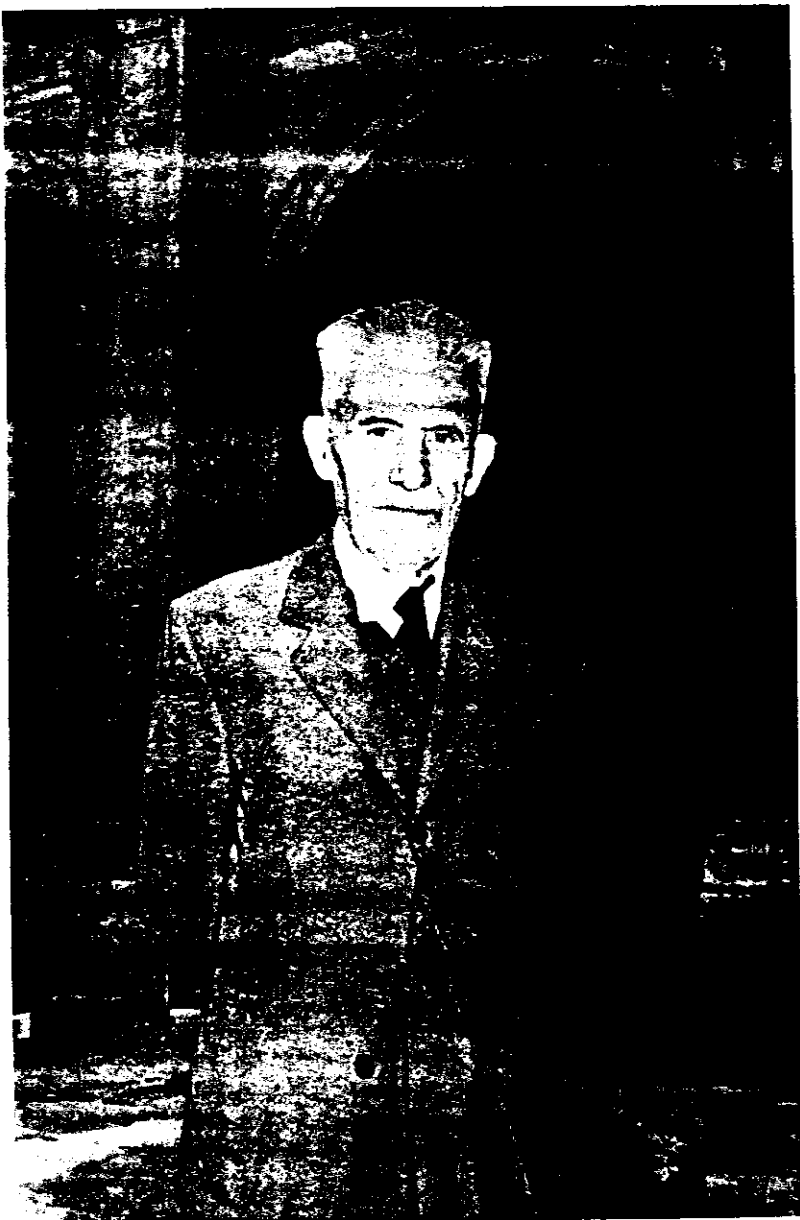
Pues bien: cuando vine a Toledo con motivo de mi traslado por concurso a este Instituto, al hablar de esto con mi querido amigo, tuvo la gentileza de regalarme el dibujo que tanto había yo admirado y añorado.

Como los alumnos de la primera aula estábamos más atrasados, como he dicho, copiando láminas, nos gustaba pasar *sin permiso* a la otra para verle dibujar con un dominio grande de la técnica del estón y difumino, método ingrato, expuesto a salir un dibujo demasiado carbonoso. El lápiz compuesto es más fino, y los dibujos en papel de color con toques de blanco, lo mismo que los hechos con sanguina, ayudan mucho al dibujante para conseguir efecto, pero dan los grises ya hechos los de papel de color, y viene a ser un truco para disimular la falta de oficio. Por eso imponía el estón papel «ingre» blanco y nos gustaba ver cómo resolvía Julio Pascual esos difíciles modelos.

Había también modelo vivo: varios hombres ya maduros sacados del Hospicio por su voluntad de ganarse unas pesetas. Pero entre todos se hizo célebre entre la grey de dibujantes, el tío «Sietecoronas», así como su mujer, aguadora de oficio, que también posaba. El primero en dibujar a «Sietecoronas» fue Julio Pascual, al cual siguieron los adelantados y algunos de la otra aula que tuvimos la suerte de alcanzarle, y al poco tiempo murió ese excelente modelo de rasgos acusados y salientes venas. Por imperativo de aquella época no se pudo hacer estudio de desnudo.

Nos decía don Matías Moreno que el dibujo de figura humana es fundamental para cualquier otro dibujo o manifestación artística. Eso es cierto para todo dibujo que no sea el lineal y el abstracto. En el arte moderno que tanto jalean muchos críticos encuentran un refugio muchos jóvenes ansiosos de celebridad y de ganar pesetas, sin necesidad de haber pasado por lo académico, ni preocuparse del claro oscuro, ni del color, ni de la perspectiva aérea, ni de la luz, pero éstos no saben que para poder hacer una de esas cosas modernas se tienen que haber hecho muchos estudios serios. Para poder desdibujar a voluntad como el Greco, como Goya, como Picasso, como Dalí, antes hay que saber dibujar como todos esos colosos.

No pretendo yo que todos los artistas hagan cuadros a estilo de Academia. Se puede huir de Velázquez, pero sin perderle de vista. El arte tiene que evolucionar: el hablar de perfección equivaldría a renunciar al progreso.



El lltmo. Sr. D. Julio Pascual Martín, Director de esta Real Academia
‡ el 6 - XII - 1967

Y de acuerdo con la manera de pensar de nuestro primer maestro de dibujo, vemos que Julio Pascual también sabía pintar. He visto cuadros suyos que los podría firmar cualquier pintor de fama; y si hubiera querido dedicarse a la escultura, también hubiera sido un buen escultor.

Pero Dios le había marcado el camino de la forja del hierro y de los demás trabajos del metal, hasta el punto de ser, como se ha dicho repetidas veces, un muy digno continuador del arte de Villalpando y Céspedes. Galardonado en varias exposiciones con medallas importantes, fue profesor de término en la misma Escuela de Artes, donde cursó como alumno distinguido, dominando también el horno de mufla para conseguir esmaltes de un alto valor artístico.

Aparte de las horas de clase, se encerraba en su taller de San Juan de la Penitencia, y allí le encontrabais modelando el hierro a fuerza de martillo y yunque, así como cincelando y repujando a la perfección la plata o cualquier otro metal. Pero antes de emprenderla con la materia bruta, trabajaban en su cerebro las *maripositas* del alma, las células piramidales de su corteza cerebral, y nacía en él el arte que mandaba a su martillo, por lo que Rómulo Muro, poeta toledano, entre otras cosas le decía:

*«Cuando este artista en su taller trabaja
y en la plancha de hierro, bronca y dura,
su talento concreta la figura...
divino impulso hasta sus manos baja.»*

Entonces martillaba o dibujaba el proyecto de una reja, de un templete, de un farol, de un brasero, de un velón, de un candelabro, etcétera, y en su estudio, lleno de incomodidades, rodeado de hierros y apenas sin espacio, le veía yo dibujar pacientemente el fruto de sus creaciones artísticas, para enviar a Bélgica, a Alemania, a Estados Unidos, a la América Hispana y a muchas provincias españolas, encargos que continuamente se le hacían, con lo que al mismo tiempo lanzaba fuera de fronteras el nombre de Toledo y, por consiguiente, de España.

Este trabajo del artista es por lo que se refiere a sus creaciones, porque, en lo demás, sólo uno de su categoría pudo armar y desarmar la Custodia de Arfe, cuando las circunstancias lo exigieron, ni restaurar y limpiar las rejas de la Capilla Mayor, del Coro y de la Capilla

de la Virgen del Sagrario, exquisitas obras de aquellos gloriosos artistas Villalpando y el maestro Domingo, en las que pusieron todo su arte, recuperándolas en todo su valor, recobrando valores casi perdidos, haciendo destacar detalles que pasaban desapercibidos. Igualmente restauró unos soberbios candelabros.

Y finalmente, Julio Pascual era un hombre que, pudiendo haberse enriquecido, prefirió vivir modestamente antes de hacer traición a la técnica del forjado. Palidecía, como decía Pombo Angulo en un artículo del *ABC*, cuando le hablaban de soldaduras, porque el truco de la soldadura autógena por medio de presiones, de sopletes o de procedimientos eléctricos para hacer del hierro lo que se quiere y de una manera rápida, lo consideraba como chapuza industrial, porque el verdadero arte está en el forjado.

Por eso yo, como amigo, como paisano, como gran artista y Presidente de esta Real Academia, lloro la desaparición de este hombre que tanto honró a Toledo como a España y cuya pérdida es irreparable.

E. CASTAÑOS